

Las huellas del desastre

EN EL PRÓXIMO MUNDO

Mario Campana
Editorial Candaya.
Barcelona, 2011. 92 págs.

El arte, en su necesidad de ir a la par que la sociedad, ha de crear un espacio simbólico que corresponda a la desolación moral y existencial que se padece. Una conciencia global en estado de sitio por amenazas, administradas desde el poder, que nos sumen en la perplejidad y el terror, obligándonos a desterrar el miedo si se quiere vivir. La creación de otro mundo se realiza desde la conspiración en el extrarradio urbano, del mismo modo que en los márgenes del pensamiento se trabajan unas imágenes en las que instalarse tras la fracturación de lo real. La poesía resultante es oscura, despojada de una nitidez que no puede testimoniar nuestro acceso al mundo.

Mario Campana (Guayaquil, Ecuador, 1959) ha abordado la poesía desde diferentes campos, pero es sobre todo en sus poemarios, a través del lenguaje, donde crea una realidad ajena a los sentimientos, que le sirve para erigir una radiografía apocalíptica. Han pasado cinco años desde su largo poema *Aires de Elicott City* (traducido al francés en 2008) y ahora nos llega su sexto poemario *En el próximo mundo* (editado con anterioridad en una traducción italiana en 2010).

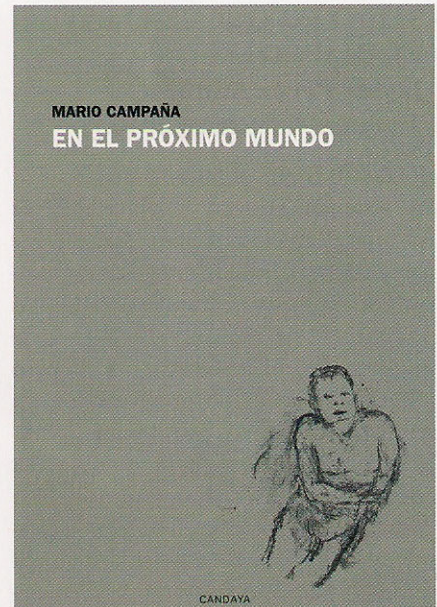
La conciencia del desastre que es nuestra instalación en el mundo es una vertebración de su poesía. Del mismo modo que su aprovechamiento del simbolismo francés. Campana reivindica la herencia de una poesía a la que se ha enfrentado como traductor y ensayista. Estos usos poéticos se muestran pertinentes para la configuración simbólica de nuestro pre-

sente. Un estado de ánimo postmilenarista que si en *Aires de Elicott City* era dominado por el mar como existencia tempestuosa, ahora está definido por la inmigración, nuestra nueva identidad global. Así, los sueños y los recuerdos van a ser origen, motivo y mecanismo estilístico para instalarnos en otro mundo, donde conforme el espacio se multiplica, el tiempo desaparece.

Un libro, pues, con una unidad temática donde los cuarenta y dos poemas corresponden en su variedad formal (tenemos sonetos, poemas en prosa y verso libre) a una misma apelación metafísica desde el lenguaje. Sin embargo, hay poemas que ponen a prueba esa unidad, con referencias extratextuales que clarifican el artefacto simbólico. Es el caso del número 16, donde el homenaje que realiza ante la tumba de Poe es un tópico elegíaco culturalista muy presente en poetas próximos como Mallarmé y en Leopoldo María Pano.

Estamos ante una poesía que alcanza un espacio sólo conocido en sueños, cargado de imágenes que transmiten la materialidad de lo desaparecido. *En el próximo mundo* es una negación de la realidad. Aquí, la poesía sirve para encarnar otro mundo con cortocircuitos temporales al estilo de Brines, donde los muertos se entremezclan con los vivos: “yo voy contigo/A contemplar esos seres que descansan/Junto a un venerable árbol rojo,/Tronco translúcido inflamado por un sol/que nunca conociste”. Los sueños y los recuerdos (“Nada revive, es cierto, pero ilusiona/En un instante. Y así vivimos”) nutren esta nueva configuración que afronta el yo poético, apostando por una inteligencia creadora que domina las vivencias.

La ciudad va a ser el escenario donde se vislumbran las ruinas del mundo extinguido y la oportunidad de descu-



brir otras concreciones materiales de estados de ánimo. Campo de batalla entre el presente y el futuro: “Esta ciudad mía cada día desaparece./No estará aquí cuando yo me vaya”. Ese será el caso de la casa abandonada del que emigra y ha de abrir otras nuevas. La huida hacia adelante en que consiste la vida en marcha: “Demasiado difícil terminar de irse, demasiado/Difícil terminar de volver”.

Una serie de opuestos dominan el poemario, pero es el de luz y oscuridad el que tendrá un fuerza mayor: por su simbología extraliteraria (“Ya habrá aprendido a vivir con la penumbra./No nos engañará la luz, artificiosa,/Como a los peces, Cazados por las lamparillas que ocultan/La sabiduría de la noche.”) y por su materialización en su escritura opaca. Saludamos la propuesta de Mario Campana que hace de la oscuridad el prisma adecuado para la vida y la poesía.

JAVIER ALONSO PRIETO